

A poco rato, y después de pasar por junto á una porción de ermitas, estamos en mitad del camino.

Cuando oigo hablar á los ingleses, decía yo hace mucho tiempo, es cuando creo que hay perros con dón de la palabra. Ahora que les veo hacer estas ascensiones á pie, me ratifico en lo dicho. Por mi parte, ya he concluído de andar.

Delante de la ermita de Santa María de las Nieves tomé un animal, término medio entre el mulo y el borrico, que tuvo la paciencia de subir, y subir y subir, llevándome sobre sí, después de haber hecho otro tanto sabe Dios con cuánta gente.

Pasamos por un sin fin de puntos, cuyos nombres se me han olvidado ya, y después de ver Kusnacht, Inmensée, Waggis, viendo aquí grupos de castaños, aguas que caen de gran altura, ermitas hasta la saciedad, y vaqueros, y lecheros, y queseros, y gente mofletuda, y todo género de piedras y guijarros, quisieron la Providencia, el guía y el borrico, que llegáramos á la cima de la montaña.

¡Alégrate, corazón estúpido! ¡Date por satisfecha, imaginación coqueta y caprichosa! Acabo de traeros á realizar uno de vuestros sueños. Estamos en uno de los puntos culminantes de la Suiza, á unas cuantas gruesas de leguas de nuestro cuarto tercero de la calle de

Cervantes, y á punto de ver ponerse el sol por detrás de las blancas cimas de los Alpes. ¡Dichosos vosotros que gozáis así! Por lo que á mí toca, me voy á acostar hasta el amanecer, y salga el sol por Antequera, ó por donde le parezca más natural, decente y oportuno.

II

—¿Dormir dijiste, incauto joven?

—Dormir, dije, pero me equivoqué de la manera más lamentable.

El hotel está lleno, completamente lleno de viajeros. Es imposible acomodarse en él á gusto. Para un viajero observador, el cuadro que ofrece el hotel no puede ser más animado. Todas las clases de la sociedad están representadas en aquel espacio. Allí se oye hablar en todos los idiomas del mundo conocido; desde el elegante *parisien* que hablan las viajeras francesas, hasta el hotentote que chapurrean los camareros. Los tipos abundan de una manera tal, que la vista y el deseo se confunden y marean, viendo aquí un alemán grave y sesudo, embutido en un gabán ceniciento, con un paraguas debajo del brazo, un libro en la mano izquierda y los anteojos en la frente; allí un joven italiano de largas melenas negras, sombrero de paja con cinta azul, traje blanco, el

abrigo sobre el brazo y la pipa en la boca; acá un matrimonio francés, el marido seco y estirado, la mujer gorda y diminuta, y el perro de Terranova oliendo el suelo y meneando la cola; allá un grupo de amigos que viajan juntos y se divierten con cualquier cosa, y se burlan entre ellos de todo el mundo, y tararean una danza habanera; más lejos un *yankee* descomunal, especie de gigante con patillas y sin bigote, que va acompañado de un secretario que parece una mosca vestida al uso de los hombres; en este lado una pareja de *suizos de chaqueta*, que también se permiten viajar como si no conocieran el terreno; al lado opuesto mujeres coloradas, muchachos que gritan, ingleses en número infinito, inglesas *espantables* vestidas de corto, saboyanos charlatanes, artistas italianos, pintores de todos los países, y completando el conjunto, camareros que vienen y van, y van y vienen, y á éste sirven y al otro le señalan su aposento, y al de más allá le preguntan qué quiere, y á todos hablan y á ninguno atienden. No es posible imaginarse concierto más desconcertado, ni emoción más atroz, ni encanto más fastidioso.

¿Y á qué hemos venido aquí todos, altos y bajos, grandes y chicos, ricos y pobres, ingleses y hombres? ¿Qué sucede aquí? ¿Qué hemos venido á ver? ¿Qué hay de nuevo, y qué es esto, y á dónde vamos á parar, y en qué quedamos?

La multitud aquella lo explica como explicaba el filósofo el movimiento. Andando.

Todos, en cuanto llegan y dejan concertada la manera de dormir aquella noche, salen corriendo como locos, y se colocan en la explanada del monte, es decir, en pleno *Rigi-Kulm*, en lo más alto. ¡Han venido... á ver ponerse el sol!

¡Diga luego la moderna sociedad que la prosa domina en nuestros materializados espíritus! ¡Diga el mundo vocinglero que no existe el sentimiento de lo bello, y que apenas quedan en este bajo mundo cuatro duros y medio de poesía! ¡Mentira, calumnia, infamia, maledicencia! Aquí estamos todos, en la cumbre del Rigi, mirando cómo se pone el sol, y estamos gozando de una manera tal, que no hay por donde cogernos.

¡Cómo debe pavonarse el sol viéndonos á todos aquí reunidos por él, traídos por él, fija la vista en él, esclavos de su paso! Los viajeros que se han retrasado suben precipitadamente, y sin entrar en el hotel, escalan la colina. Siéntanse unos en el suelo ó sobre el saco de noche; empínanse otros sobre las puntas de los pies, como si los que están delante fueran más altos que el astro del día y le cubrieran; el amigo cariñoso pasa el brazo sobre el hombro de su amigo; la esposa coge una mano del esposo y señala con la otra al cielo. Todas las cabezas están en la misma posición, todos los labios se mueven, todos los dedos marcan algo, y el sol sigue sin

hacer caso de los que miran. Ya se va ocultando, ¡ya pinta! ¡qué colores sabe hacer tan imposibles! ¡Qué tintas tan nuevas, qué mezclas tan inesperadas!... Ya se hunde, ya se hunde más, ya no se ve más que medio, ya sólo se ven rayos... ahora no más que resplandor... un poco de luz... un poco menos... ¡agur! ¡Buenas noches!

—Ea, dice cada uno para sí, ó al compañero, si lo tiene: á cenar, y á la cama.

Aquí empieza de nuevo el trasiego y la jarana. Todos los cuartos están ocupados, y á pesar de eso, todos los viajeros quieren dormir por su dinero. Comienzan á aparecer camas, colchones y demás cosas necesarias para el reposo. En el comedor duermen treinta personas, en los pasillos cincuenta, en el patio, en el palomar, hasta en la cocina. ¡Qué placer el de los viajes de ídem! ¡Qué noches, y qué camas, y qué sueño!

¿Dormir dije? Dios me lo perdone. Ante las noches suizas, las toledanas me parecen encantadoras.

A todo esto, una especie de energúmeno sensible, mitad músico y mitad oso, ameniza la noche con cierto instrumento, que creo llaman por acá corneta de los Alpes y que no deja de tener buen sonido *hasta cierto punto*. El instrumentista sabe tocar dos cosas, que yo traduzco: *el alba y el crepúsculo*, ó como si dijéramos *diana y retreta*.

Apenas logra uno conciliar el sueño, y eso que no hay conciliación posible, la corneta rompe de nuevo, y empieza de nuevo el jaleo y el ir y venir.

—*¡Le soleil! ¡le soleil! ¡L'aube!* gritan los franceses dando alaridos de placer.

¡El gran espectáculo! Ha llegado el gran momento, y es preciso saltar de la cama y volver á la cima del monte á ver si el sol continúa sin novedad ó si se le ha helado la nariz durante la noche.

Aquí el cuadro varía, á pesar de que las figuras son las mismas de la tarde anterior. Los viajeros acuden con unas caras... ¡ay! ¿por qué me acuerdo de aquellas caras? La mala noche y la fealdad insistente de aquellas inglesas de mis pecados, resaltan por la mañana de un modo escandaloso. Ellos... ellos están *fusilables*. Como todos nos despertamos de pronto y creimos llegar tarde, todos salimos en estado natural, y ¡es claro! no hay caricatura posible á nuestro lado. Quién sale medio vestido, medio desnudo; quién envuelto con la manta de la cama y con zapatillas. El viajero de buen humor procura salir de la manera más ridícula posible; el grave está más ridículo cuando más cuidadoso. En una palabra, la cima del monte parece que indica que alguien ha entrado á saco en el purgatorio y venimos huyendo.

La salida del sol es *un breve instante*, como dicen los poetas de medio pelo. Un debilísimo crepúsculo hacia la parte del Este va apagando el brillo de las estrellas; bien pronto una banda de fuego se destaca en un horizonte inmenso; los picos de los Alpes, blancos hace un momento, se van tiñendo de color de rosa; poco á poco se va iluminando aquella inmensa extensión que hay á nuestros pies, y comienzan á dibujarse los valles, las colinas, los pueblos, las plantaciones, los lagos; y de pronto aparece el sol radiante y esplendoroso, y un torrente de luz inunda el paisaje.

Diez minutos después comienzan á elevarse vapores del fondo de los valles; cinco minutos más tarde, los vapores se condensan formando nubes; y estas nubes que se van elevando con calma hacia nosotros, nos ocultan el paisaje, y nos dejan aislados entre el cielo y su espesa gasa. En seguida la humedad comienza á filtrarse en la piel del viajero, inmediatamente el viajero paga por no haber dormido, y un cuarto de hora después el viajero empieza á deshacer el camino, filosofando en éstos ó en otros términos:

¡Oh! ¡He visto ponerse el sol! ¡Oh!

Lo he visto salir... ¡oh!

Y observo que sale lo mismo que en Madrid...

¡Oh!

Y veo que estoy cansado... ¡Ay!

Y que he madrugado mucho... ¡Oh!
Y que estoy dolorido y asendereado y molido.
¡Oh! pero no importa. ¡Indudablemente he
debido ser muy feliz, y si no lo he sido, yo me
tendré la culpa!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XXVIII

Medio baratísimo de viajar por Suiza.

LECTOR, ¿quieres creerme bajo mi palabra?
Prometo enseñarte el medio de conocer la Suiza sin moverte de tu casa.

Y es probado.

Supongamos que estás en el patio de tu casa en este momento.

Muy bien. Hazme el favor de subir hasta el entresuelo del modo que más fatigoso te sea. Coge, verbi-gracia, una silla en una mano y una mesa en la otra.

¿Has llegado al entresuelo? Te has cansado un poco ¿verdad?

Perfectamente. Cierra los ojos y figúrate que estás viendo el estanque grande del Retiro, sin balaustrada y sin orillas.

Ahora baja otra vez á la portería.

No te sientes. Estos viajes se hacen sin des-

cansar y fatigándose todo lo posible, para mayor encanto. Quiero que subas ahora hasta el piso tercero sin detenerte y llevando al hombro cualquier cosa que produzca una molestia equivalente á la que te produciría el piso de la escalera si fuese de guijarros.

Una vez en el piso tercero, cierra los ojos y figúrate que estás viendo una decoración campestre de Ferri y Busato.

Mientras te entretienes así, me permitirás que desde el sotabanco y con una regadera llena de agua te ponga yo como una sopa. Es la menuda lluvia de la Suiza.

Ea; abajo otra vez.

Ahora sube sin pararte hasta el sotabanco.

Si estás ya en el sotabanco, no cierres los ojos, que yo en el patio voy á mandar quemar una estera para que suba el humo hasta tí, formando una nube que te impida ver lo que hay debajo.

No ves nada, ¿eh? Pues ten la bondad de bajar á la portería.

Ahora vámonos hasta la bohardilla. ¡No te páres!

Recorre la bohardilla y ten la bondad de figurarte que tienes á tus pies un trozo de la campiña de Aragón, la huerta de Valencia, los alrededores de Granada y las montañas de Cataluña.

Ahora súbete encima de una silla.

Figúrate lo mismo que antes.

Inmediatamente te quiero ver encima de la mesa.

Hazme el favor de hacer idéntica suposición.

Baja.

Vamos á ver ahora cómo te me pones encima del armario.

¡Bravo! Sigues viendo lo mismo.

Baja al suelo, y cáete y hazte daño.

Ahora baja otra vez á la portería.

¿Te has enterado bien de todas las subidas y bajadas?

Pues repítelas tres veces, que yo te acompañaré con una regadera y un fuelle para que no pierdas ni el encanto de la lluvia constante ni el airecito, que es muy sano.

Puedes beber un vaso ó dos de leche cada vez que subas ó bajes.

Y puedes en seguida decirme si tienes ganas de volver á hacer más ascensiones.

¿No?

Me alegro, de veras. Porque serías muy bobo si teniendo en España campiñas deliciosas, huerta encantadoras, frescas montañas, abundantes ríos y una vegetación y un cielo como no hay otros en el mundo, quisieras ir á calarte los huesos día y noche, y á tomar el fresco subiendo y bajando, y á conseguir aborrecer de muerte á toda mujer que se llame *Ascensión*, y á volver á España diciendo que te has divertido

mucho, cuando lo que has hecho no ha sido más que ir y venir facturado como un bulto y harto de trenes, vapores, diligencias, machos, ingleses, borricos, guías, camareros, comidas de fonda, chocolates, transportes y aguas mansas, que libreme Dios de ellas.

Lector:

Créeme bajo mi palabra:

¡Viva España!



FIN DE IMPRESIONES DE VIAJE
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



LA CARTA VERDE

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

LA CARTA VERDE

I

Es imposible que haya en el mundo un marido más celoso que el pobre León: León no come, no bebe, no duerme, no fuma, no escribe, no lee, no hace nada absolutamente. Y todo por vigilar á su señora. Crean ustedes que el pobre León tiene todo el infierno y parte del purgatorio dentro de su alma. Estaba gordo, y se va quedando como un fideo; tenía buen apetito, y hoy no come ni media docena de garbanzos al cabo del día; fumaba, y... en una palabra, el pobre muchacho no puede vivir dos años si continúa teniendo ese pícaro gusano que le roe el corazón sin piedad. ¡Es una lástima!

Tiene una mujer... ¡¡qué mujer!! con unos ojos... ¡qué ojos! con una boca... ¡qué boca! con

unos pies... ¡ay qué pies! En una palabra, su mujer es un gran bocado. Naturalmente, León, que lo sabe, teme que el bocado abra el apetito á cualquier español aficionado á la pesca de lo vedado, y... figúrense ustedes cómo vivirá el pobre muchacho!

De nada sirve que todos le digamos: «León, tu mujer es honrada.» Responde que ya lo sabe; y ¿qué va uno á decir al oír esto? Si él sabe que su mujer es incapaz de faltar á sus deberes de esposa y á pesar de esto la vigila, y la asedia, y no puede vivir en paz... hay que dejarle ¡y á ver como no revienta!

Muchos episodios de la vida matrimonial de León pudieran ser trasladados al papel para escarmiento de niñas casaderas, pero baste uno; que para muestras basta un botón, y á veces sobra. Vamos al asunto.

II

Seis días hacía que León y su mujer no habían tenido ningún altercado, cuando los periódicos anunciaron el estreno de una zarzuela nueva.

—Lola, ¿quieres ir esta noche á la zarzuela? dijo León á su esposa.

Lola, que hacía un año que no había estado en el teatro, gracias al disgusto que hubo en

casa la última vez que estuvo, vió el cielo abierto y respondió:

—Sí, tendría gusto en ir esta noche.

—Iremos.

Y León salió á buscar dos butacas.

—¡Qué cosa más rara! decía para sí Lola. ¡Invitarme á ir al teatro! Ó mi marido se ha *resellado*, ó trama algo contra mí.

Pero la verdad es que León no había pensado ni en lo uno ni en lo otro.

León se había propuesto vencerse á sí mismo, entrar en lucha campal con su corazón: y principió por hacer un alarde de valor llevando á su mujer á uno de los sitios donde él creía que había más peligros.

Tomó, pues, las dos butacas, y volvió á su casa demostrando en su semblante una alegría que á Lola le extrañó mucho.

Eran las seis y media de la tarde; la sopa estaba en la mesa, y marido y mujer comieron con muy buen apetito; como dos personas que están completamente satisfechas.

A los postres, León hizo café en la maquina que había comprado el día de su boda, sirvió una taza á Dolores, se tomó él dos, fumó... ¡hacía dos meses que no tenía gana de fumar! obligó á su mujercita á sentarse junto á él delante de la chimenea, y le contó el argumento de *Il ballo in maschera* que Dolores no había podido saber hasta entonces.

En esto se pasaron dos horas, y era ya la que en los carteles del teatro de la Zarzuela se había fijado para principiar la función.

—¿Ea, queridita, vamos?

—Vamos.

—¿Estás ya vestida?

—Sí, desde esta tarde.

—Me alegro. Cuando quieras.

—Espera; voy á tomar mis guantes. Tomasa tráigame usted mis guantes que están sobre el velador de mi cuarto. ¿Hace frío, León?

—Sí, hija mía, abrigate, que está la noche muy cruda.

—Debían haberla cocido.

—¡Holal! ¿Estás de bromita, eh?

—¡Psth! Te veo tan amable...

—¡Pues no faltaba más! ¿Pero hija, te traen esos guantes?

—¡Tomasa, me trae usted eso!

—No están, señorita.

—Aguarda, León, voy yo por ellos.

—Deja, yo iré. ¡Qué torpe es usted, Tomasa!

—Pero señorito...

—¡Qué señorito ni qué ocho cuartos! ¿No los está usted viendo?

—Toma Dolores, y vamos pronto, que es ya tarde.

—Vamos; Tomasa, que no abra usted á nadie.

—Está muy bien, señorita.

—Si tardamos en venir no se duerma usted, ¿eh?

—Está muy bien, señorita...

—Y si acaso cierran la puerta...

—Pero hija de mi alma, ¿acabarás de una vez?

—Dispensa, León, dispensa, pero como esta chica es tan torpe...

—Ea, ¿vamos?

—Sí, anda.

—¡Gracias á Dios, mujer!

—Pero anda tú de prisa...

—Eso es, ahora mete prisa tú, después que...

—¡Vamos, hombre!

—Vamos allá. ¡Demonio de mujeres!

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

III

El teatro estaba de bote en bote, como suele decirse. Había, como siempre, muchos pollos, muchas niñas en estado de merecer, y muchos autores dramáticos. Había ya comenzado la función cuando Dolores y su esposo entraron. Naturalmente todas las miradas se fijaron en ellos, en beneficio de la esposa y en perjuicio del autor de la zarzuela. León, sin saber por qué, se puso colorado y rechinó un poco los dientes. Tal vez conservaba reminiscencias de aquella enfermedad moral que tanto le había mortifica-

do. Pronto se calmó y se dispuso á oír la música de Gaztambide.

Durante el primer acto, esposo y esposa se dirigieron mutuamente la palabra, rieron cuando vieron que se reía todo el mundo y dijeron como es costumbre entre la gente que adquiere con una butaca el derecho de tratar mal á un autor:—Me va pareciendo bastante *soso* esto.

Un poco antes de comenzar el concertante que daba fin al acto primero, León dirigió maquinalmente la mirada hacia el segundo piso, y ¡oh rabia! vió unos gemelos fijos en la dirección en que él estaba.

Le dió un vuelco el corazón. — Aquel hombre que mira hacia aquí,—pensó—no me mirará á mí, seguramente. Luego mira á mi mujer. Primer síntoma.

León miró descaradamente al espectador de los gemelos. Tal fué su insistencia en poner *carajeroce* al individuo aquel, que Dolores hubo de notarlo y dirigió la vista hacia el mismo punto que su marido. Éste que comenzaba á ser de nuevo presa del gusano de los celos, miró á su mujer y... ¡oh desesperación! vió que su mujer miraba al espectador descarado. Segundo síntoma.

El hombre de los gemelos sonría á la par que miraba. León le observó y miró á Dolores. En aquel mismo momento había dicho Caltañazor una gracia y Dolores sonreía. ¡Ciertos son los

toros! dijo el pobre marido ¡Se han entendido!
Síntoma tercero.

El acto primero concluyó entre aplausos. Dolores dijo á su marido:

—¿Ha estado gracioso, verdad?

León, colorado como un pavo, respondió:

—¡¡Sí que ha estado gracioso!!

Y al querer volverse de espaldas á su mujer, le metió un codo por un ojo á un pollo y le rompió el cristal derecho de los quevedos. El pollo le dijo *animal*, y León tuvo impulsos de meterle el sombrero hasta las cejas; pero pensó que si se trababa de palabras con el pollo, tal vez se vería precisado á *salir á otra parte*, como es uso y costumbre de los que se traban de palabras en sitios públicos. Aguantó pues, el insulto, y todavía dijo *usted dispense*, mientras el otro repetía por lo bajo:

—¿Se ha visto un bárbaro semejante?

Como se ve, León se había olvidado de los propósitos que había hecho. Estaba entregado de nuevo á la fatal pasión que le destrozaba el alma.

Esta consideración, que él hizo en un momento de calma que tuvo al ver al espectador de los gemelos mirando á otra mujer que le hacía signos incomprensibles con los dedos, le puso en el caso de considerar que tal vez había tocado el violón al sospechar que su mujer estaba en inteligencia con el hombre del segundo piso.

—¡Bah! dijo para sí. Estoy loco, ¡pobrecita Dolores!

Un amigo suyo se acercó en tal punto á los esposos. Saludó á Lola, apretó la mano á León y se sentó junto á la esposa de éste en una butaca que había dejado desocupada un fumador demasiado poseído del vicio del tabaco.

León volvió á hablar consigo mismo.

—¡Qué buena ocasión, dijo, la que ahora se me presenta de probarme! Si me dejo llevar de mi carácter celoso, fuerza es que no me mueva del lado de mi mujer, para ver *si ocurre algo*. Pues bien, para vencerme, necesito luchar. Me voy al pasillo y la dejo sola con Carlos, aunque esto me sepa mal. ¡Qué demonios! ¡Es preciso que yo me acostumbre á no pasar cuidado! y diciendo y haciendo, dijo á su amigo:

—Carlos, hazme el obsequio de acompañar á Lola mientras yo voy á fumar este cigarro, ¿eh?

—Con mucho gusto, respondió Carlos.

Lola le dió las gracias. León sonrió para decir adiós á su esposa, y se llevó consigo los gemelos.

IV

Carlos y Dolores eran amigos íntimos. Se conocían desde niños; habían jugado al volante y á novios, y habían crecido juntos á la sombra

de los árboles de la casa del padre de Lola, que vivía en Granada y era vecino del padre de Carlos.

A pesar de esto y para diferenciarse de todos los personajes de novela que crecen juntos y se quieren desde la infancia, ni Carlos amaba á Dolores ni Dolores amaba á Carlos. Eran dos buenos amigos y nada más. Los dos estaban ya casados cuando sucedió lo que refiriendo vamos, y ninguno de ambos había *sufrido en silencio*, como dicen en las comedias, el saber el uno que el otro había dejado de ser soltero. La mujer de Carlos quería mucho á Lola; ésta quería muchísimo á la mujer de su amigo; el amigo amaba ciegamente á su mujer y apreciaba mucho á Lola y á León. Solamente León era el que no parecía muy satisfecho de que su mujer y su amigo se tutearan y recordaran sus felices tiempos de niños.

Como Dolores y Carlos tienen grande franqueza, no extrañará el lector que mientras León fumaba, hablaran de la siguiente manera:

—Vamos, cuéntame, cuéntame qué hace ese bribonzuelo. ¿Es todavía tan celoso?

—No; respondió Lola: te vas á sorprender cuando te diga que se ha enmendado mucho.

—¿De veras?

—De veras.

—Lo celebro, porque de ese modo tú no sufrirás tanto.

—¡Ay! te aseguro que he pasado temporadas terribles. Ya te acuerdas de aquella época en que me prohibió salir al balcón, y cerrar las cartas sin que él las viera, y enviar á ningún recado á los criados y recibir á ningún amigo cuando él no estuviera en casa...

—Sí; recuerdo que á mi mismo me negó la entrada tu criado.

—Pues bien, poco tiempo después llegó hasta el extremo de no dejarme ir á misa.

—¡Qué diablo de muchacho!

—Pero ahora ya no sucede eso. Especialmente hace cinco ó seis días que está desconocido. Ya ves; me ha traído al teatro.

—En verdad que hacía tiempo que no habías estado...

—Cerca de un año.

—Puede ser que piense variar de conducta.

—Puede ser. Hoy le he dicho que desearía ver una ópera de Verdi que todavía no he oído; y me ha contado el argumento con una minuciosidad infantil, y además me ha prometido llevarme al teatro Real la primera vez que anuncien la obra los periódicos.

—¡Bravísimo! Eso me gusta. Ya es tiempo de que acabe de darte disgustos, y de comprender que eres incapaz de faltarle.

—¡Oh! Eso es lo que me desespera, Carlos. Yo, que le adoro, que sólo por complacerle haría imposibles...

—Él lo comprenderá al fin, y tendréis la paz que tú deseas.

—Sí; bueno es empezar ¿verdad?

—Es claro. Dime, tu papá sabe...

—No sabe nada de esto, porque yo he querido evitarle disgustos...

—¡Pobre Lola! Tú has sufrido por todos.

—¡Acaso no me quede que sufrir mucho!

—¿Has tenido carta de Granada?

—Sí, ayer. No me acordaba de contarte una cosa.

—Cuéntamela, si es que puedo saberla.

—¡Ya lo creo! Oye. Todos los años, y dos ó tres días antes de cumplir León los suyos, tenemos por costumbre escribirle á papá diciéndole que venga á celebrar con nosotros el natalicio de mi marido. Papá suele contestarnos que no puede, y preciso es confesar que el pobre señor no está en disposición de hacer viajes; sus años, sus achaques, los cuidados de la hacienda que posee, todo esto combinado...

—Es verdad; el buen señor ni puede ni debe exponerse á las fatigas de un viaje, que por corto que sea, á él ha de parecerle largo y penoso.

—Sin embargo, este año se arriesga, y llegará dentro de dos días.

—¡Pobrecillo!

—Pero como esto es un acontecimiento, ha querido hacerlo de modo que sea más digno de celebrarse.

—¿Pues cómo...?

Ha escrito á León diciéndole, como siempre, que le es imposible complacerle...

—Ya entiendo. ¡Quiere darle una sorpresa!

—Eso es. De modo que cuando León venga á comer y crea que el convidado está en Granada paseando por los jardines de su carmen, el convidado le saldrá á recibir con los brazos abiertos.

—¡Magnífico!

—¿Vendrás á los postres?

—Te lo prometo.

V

En tanto que tal diálogo mantenían los dos amigos, León se paseaba por el pasillo de las plateas apretando convulsivamente un cigarro entre los dientes.

Si hubiera encontrado á algún amigo, tal vez no hubiera tenido tiempo de pensar en lo que podría suceder dentro del salón, pero no vió á amigo alguno, ni siquiera á un conocido con quien poder hablar para distraerse.

Y como los celosos y los jugadores no dan reposo á la imaginación, ni cuando sueñan, antes procuran descubrir nuevos ardidés y combinaciones para llegar al feliz ó infeliz resultado que ansían, sucedió que León, á pesar del

décidido empeño que había formado de no atormentarse, comenzó á figurarse lo que no era verosímil que sucediera.

Por una parte, creía que Carlos, de quien siempre había sospechado, aprovecharía la propicia ocasión que se le presentaba de hablar á solas con Dolores para decirle... lo que León no quería detenerse á pensar por no desesperarse. Por otra parte, y como buen celoso, creía que Carlos sería tan celoso como él, y que sobrado cuidado tendría en celar á su esposa para no dirigirse en demanda de amor á Lola. Por otra parte... el hombre es fuego y la mujer estopa, y las butacas de los teatros están demasiado unidas, y... vamos, León comenzaba á estar en áscuas y á no saber lo que hacía, y en vez de chupar el cigarro que llevaba en la mano izquierda, dirigió á los labios los gemelos que tenía en la derecha y á poco se salta un diente. No fué esto lo peor, sino que aquellos pícaros gemelos le trajeron el recuerdo de otros... y no pudo menos de acordarse del espectador del segundo piso. Primero pensó que ahora que él no estaba en el salón, su mujer podría mirar y ser mirada sin temor alguno. Después dijo: «No, no es posible que...» Después insistió en su primera idea...

Y le subían unos vapores al rostro, que se tuvo que apoyar contra la pared para no caerse.

Se repuso un poco; volvió á pensar, y á pensar mal, dudó, quiso entrar á ocupar su sitio, tiró el cigarro casi entero, á poco rato sacó otro maquinalmente, dió dos paseos á lo largo del pasillo, encendió el segundo cigarro, lo fumó distraídamente por el lado del fuego, se quemó la lengua, lanzó una imprecación horrible, arrojó el cigarro, se tiró el sombrero hacia atrás, sacó el pañuelo y observó que los concurrentes al pasillo comenzaban á mirarle como á una cosa rara.

Estaba confundido, mareado, encarnado como una remolacha, y no sabía por donde iba.

Subió al primer piso y tomó un vaso de agua: se hubiera marchado sin pagar si el muchacho de la confitería no le hubiera recordado el olvido de los dos cuartos.

El pobre León deseaba distraerse, olvidarse de sí mismo por algunos instantes. Varió el local, es decir, subió al segundo piso y se detuvo delante de la bandeja en que un muchacho llevaba varios retratos.

—¡Fotografías de la *Conquista de Madrid*, caballero! le dijo el vendedor.

En el estado febril en que León se encontraba, creyó encontrar algún parecido entre su mujer y las actrices que veía retratadas, y estuvo á punto de apretarle el cuello al muchacho de la bandeja, pero dijo como al principio de la función: «¡Estoy loco!» y asomó la cabeza á la

puerta de un palco. El ante-palco estaba vacío, y el *portiere* del palco estaba echado.

León oyó estas palabras:

—¡Qué torpe! Desde el primer acto la estoy mirando y no me entiende.

Un relámpago de celos cruzó por la mente de León. Se acordó de que estaba en el segundo piso, y se estremeció de pies á cabeza.

—Y es de advertir, añadió la voz, que esta tarde se lo he advertido.

León dió un paso hacia adelante, luego otro, luego dos más, levantó la cortina, miró quién había en el palco...

¡El hombre de los gemelos!

Los tenía fijos en dirección al sitio que ocupaba Dolores, y le decía á un joven que con él estaba:

—¡Qué bonita se ha puesto en poco tiempo! ¿eh?

Antes de que el otro pudiera contestar, León puso el puño izquierdo á la altura del hombro derecho, y *de revés*, como suele decirse, dió tan soberana puñada al que miraba, que los gemelos cayeron á las butacas, y el espectador dió con la cabeza contra la madera que separa un palco del inmediato.

Tres gritos se oyeron á un tiempo. El que dieron á *dúo* el espectador y su compañero; el que lanzó Dolores que al ver caer los gemelos había mirado al palco, y había visto á su esposo des-

cargando el golpe; y el que dió el desdichado sobre cuya cabeza cayeron los gemelos, y que por más señas era un calvo.

Los dos hombres del palco daban de palos con dos paraguas á León. Dolores gritaba: ¡Mi marido! ¡vámonos! ¡lléveme usted arriba! Carlos, obedeciendo la orden, salía precipitadamente del salón acompañando á Dolores. El calvo gritaba: ¡Esto es una barbaridad! ¡A la cárcel! El público silvaba, reía, aplaudía y defendía á unos y á otros. Dos guardias veteranos pugnaban por sacar á León del palco, y la confusión y la gritería eran cada vez mayores.

Cuando Carlos y Lola subían por la escalera del segundo piso, ya bajaba León, procurando que los guardias le dejaran irse á casa, lo cual consiguió, merced á una amable condescendencia. León iba diciendo á su esposa: ¡Infame! Te has propuesto matarme á disgustos! Dolores lloraba y miraba á todos lados para ver si el público se enteraba de lo que decía su esposo, lo cual sucedió, desgraciadamente. El calvo salía también del teatro con un descomunal chichón en la calavera, y una señorita que ocupaba con su mamá dos butacas detrás de las que habían ocupado León y su mujer, se marchaban del salón y subían al segundo piso. La joven decía:

—Corra usted mamá, y no le quepa á usted duda de que es mi hermano el que...

—¿Pero niña, ¿cómo es posible...?

—Si, señora; mi hermano me estaba mirando con los gemelos y sonriéndose, cuando entró aquel bárbaro y le dió aquel bofetón tan grande...

Es decir, que León había tocado el violón admirablemente, y además salía molido á palos.

Y si se hubiera quedado en el teatro, hubiera podido oír en diversos grupos formados por el público:

—¿Qué ha sido eso?

—Nada; uná mujer que se lá estaba pegando á su marido, y el marido que lo comprendió subió al palco aquel y se tomó la justicia por su mano.

—¡Si son el demonio las mujeres!

—¡Ahí tiene usted á un hombre en berlina!

—¡Pobrecillo!

—¡Malditas!

—¡Uno más!

—¡Qué escándalo!

VI

Cuando nuestros tres personajes salieron del teatro, Carlos llevaba del brazo á Dolores, y como quiera que León se adelantase sin hacer caso de las observaciones de su mujer y de su amigo, siguiéronle éstos á buen paso, sin cuidar de la lluvia que comenzaba á caer en abundancia.

León iba hablando solo y aplicándose de cuando en cuando la mano á las varias partes de su cuerpo que tenía doloridas.

Lola y su amigo no decían nada; solamente la primera sollozaba y lanzaba de vez en cuando un ¡ay! *sotto voce*, al cual respondía Carlos con estas ó parecidas palabras:— ¡Paciencia, hija mía, paciencia, todo se arreglará!

Y para que vean ustedes hasta donde llega la ceguedad, el delirio de un hombre celoso, León que ya había reflexionado de la imprudencia del paso que acababa de dar en la Zarzuela, y que casi llorando se arrepentía de lo que había hecho, sin dejar por eso de gruñir y de pensar en decir *cuatro frescas* á su mujer en llegando á casa, (por aquello de que siempre lo paga el que menos culpa tiene,) se acordó de pronto de que Dolores iba apoyada en el brazo de Carlos, de que ella y él iban *solos* á alguna distancia, de que hacía mucho rato que hablaban; y, volviendo sobre sus pasos, se dirigió á la atribulada pareja y dijo á Lola con voz terrible y acento sobrado imponente:

— ¡Apóyate!

Y Lola dejó el brazo de Carlos para aceptar el de León.

Carlos se quedó un poco detrás y siguió á los esposos.

Al llegar éstos á su casa, Carlos se despidió de ellos. Dolores le dijo:— ¡Adiós, Carlos, hasta

mañanal Y los ojos de León centellearon sin duda porque el feroz esposo había adivinado en aquellas palabras una cita. Calló, sin embargo, y sin dar la mano á su amigo, le dijo en voz baja pero temblorosa por la ira.

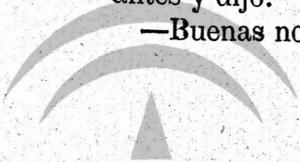
—¡Tenemos que hablar!

—¡Bueno! dijo Carlos sonriendo; cuando quieras.

—¡No es cosa de broma! añadió León mirándole de arriba abajo.

Carlos, por única contestación, sonrió como antes y dijo:

—Buenas noches.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
VII
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Toda la noche la pasó León en vela y paseándose por su cuarto. Dolores se había retirado al suyo vertiendo copioso lloro, y al verla llorar, el celoso imprudente no tuvo valor para decirle nada de lo que pensaba,

Que tanto puede la mujer que llora,
como dijo el poeta.

Sucede con los celos lo que con todas las ficciones que rayan en lo sublime. A nuestro pesar nos hacemos la ilusión de que la Ristori en la *Judith*, es *Judith* y no es Ristori. A nuestro pesar, cuando admiramos á Herman, creemos

que las ficciones de Herman son realidades, no obstante que nos consta que aquello es una admirable farsa. A nuestro pesar, cuando soñamos, tomamos por realidad el sueño, y antes de dormirnos estábamos persuadidos de que el sueño era una graciosa mentira. A nuestro pesar, cuando vemos la maldad elevada y la virtud por el suelo, creemos que la virtud se eleva siempre y el vicio cae; y no nos basta la prueba que se nos presenta á los ojos. A nuestro pesar, en fin, creemos en todo aquello que queremos creer, y cada cual ve las cosas de diferente modo, según es mayor ó menor la intensidad de la pasión que á cada uno domina.

León sabía que su esposa era casta, pura, indomitable como una espartana. Sabía además que aunque su esposa no tuviera aquellas cualidades, él la había cercado de tanta vigilancia y de sobresalto tanto, que era punto menos que imposible que pudiera faltar á sus deberes sin que su marido tuviera conocimiento de la falta.

Y á pesar de todo, León moría de celos.

—¿Qué es esto, decía, que siento dentro de mi sér, que me abrasa el alma, que me roba la vida? Yo amo á Dolores, adoro en ella... Dícese que el celoso no ama; dícese que los celos son la manifestación más lata del egoísmo... ¿Soy yo egoísta? Sólo sé que por ella lo dejaría todo;

que por ella lo sufriría todo; que por ella moriría... ¿Es esto egoísmo?

Comparemos. El avaro, que esconde á los ojos ajenos su tesoro, que muere queriéndose llevar su oro, su precioso oro, el oro que ha adquirido, no importa cómo, pero que lo ha adquirido porque era su única aspiración, su segunda vida... este avaro no es más que un amante de un objeto inanimado, que á él le parece más bello que todos los objetos que le rodean...

Conozco grandes borrachos que quisieran vivir nadando en vino... Les he visto sufrir con calma toda clase de insultos, estando en su cabal juicio: les he visto derrochar el dinero en vino, acaparar botellas... y guardarlas. Les he visto haciendo alarde de generosos, dando su dinero á todo el mundo; pero cuando han oído decir que el Burdeos ó el Madera eran un rebaje odioso, se han irritado, y cuando han tenido que ofrecer sus botellas, se han retraído: ellos, que regalaban el dinero... Y su tesoro eran las pipas de rum que guardaban en ostentosas bodegas, ocultas á las miradas de los demás bebedores...

Conozco sabios que saben mucho, pero que no dicen nada de lo que saben. Gentes que han pasado su vida entre libros, pero que antes darán un año de su vida que un libro de los que poseen... Gentes que han reunido conocimien-

tos, que poseen secretos de la ciencia, pero que no los revelan, y los guardan como guardaba el avaro sus talegas.

Conozco... ¡pero qué diablos he de conocer, si no me conozco á mí mismo! ¡Qué he de saber yo, si no sé qué sucede en el corazón de mi esposa!

—¡Oh! mataré á Carlos!

.....

Un rayo de luz entró en el cuarto. Estaba amaneciendo.

León se embozó en la capa, se puso el sombrero y salió de su casa. Estaba febril, y deseaba aspirar el aire de la mañana.

Hablando solo y meditando planes, no muy dignos de elogio, anduvo por las calles sin dirección fija.

¡Vean ustedes qué coincidencia tan graciosa! A un mismo tiempo salían, el sol, León, y varias canas que, ocultas en la cabeza del pobre muchacho, habían estado esperando que ocurriera un disgusto para salir á publicarlo.

IX

Nunca falta un amigo de esos que, no teniendo el valor necesario para vengarse directamente de alguna ofensa que voluntaria ó involun-

tariamente les hemos hecho, apelan á medios bajos y rastreros para vengarse de nosotros.

León, en un raptó de furor, había dado de mojicones, delante de varias personas, á un tal Aguilera, cierto día que el tal Aguilera le había objetado de una manera inconveniente en una cuestión que ambos debatían. Lejos de Aguilera la idea de pagar á su amigo en la misma moneda, escurrió bonitamente el bulto y se marchó con el rabo entre piernas, como decirse suele. Pasó un mes; y cuando León creía que su amigo no volvería á hablarle jamás, ó que si le hablaba sería para exigirle privadamente la satisfacción que no le pidió en público, hubo de encontrarle en la calle, y se sorprendió grandemente al ver que Aguilera le tendía la mano, dándole todo por olvidado. León, generoso, ó mejor dicho, conocedor de sí mismo, comprendió que habiendo sido él el agresor en la contienda, no debía rehusar la paz y concordia que de nuevo su amigo le ofrecía, y así fué que le tendió la mano, y desde entonces todo el mundo pudo ver que entre aquellos dos hombres reinaba la misma buena armonía que antes del malhadado suceso.

No existía, empero, esta buena armonía más que de una manera aparente. Aguilera, cobarde y mal intencionado, había jurado vengarse de León por todos los medios posibles, excepto por

el de la agresión directa que tal es la conducta de los miserables.

La mañana en que nuestro protagonista salió de su casa buscando aire fresco, y distracción que le robara el recuerdo de la mala noche pasada, Aguilera le salió al encuentro al doblar una esquina.

—¡Querido León! exclamó tendiéndole las dos manos.

León le saludó afectuosamente y le invitó á dar un paseo por fuera de puertas.

—¿Estás loco? le preguntó Aguilera. ¿A quién se le ocurre pasear á estas horas y con este tiempo? En verano, pase, pero en el mes de...

—Si, á estas horas y con este tiempo, los que están desesperados pasean para lograr distraerse, para refrescar la cabeza, que arde.

—¿Estás desesperado? amigo mío.

—¡Oh, si lo estoy! exclamó León dando fuertes patadas sobre la acera. Si supieras...

Aguilera cogió el brazo de su amigo, y ambos comenzaron á andar no muy de prisa.

—Cuéntame, cuéntame, lo que te sucede, dijo el pícaro aquel fingiendo un interés que no sentía.

León, que á pesar de su carácter arrebatado y de su propensión á desconfiar de su esposa, no desconfiaba de su amigo, le dijo á éste:

—Anoche estuvimos en la Zarzuela.

—Sí, ya lo sé, dijo Aguilera con cierta intención.

—¿Lo sabes?

—¡Te estuve viendo!

—Presenciaste el escándalo...

—Sí.

Hubo un mometo de silencio.

—Entonces, dijo por fin León, excuso decirte lo que sucedió en el teatro.

—Algo ignoraré yo que tú puedes contarme. Por ejemplo, yo ignoro por qué le diste aquella soberana puñada al joven del palco segundo.

—¡Porque estaba haciendo señas á mi mujer!.. Es decir, porque me figuré que se las hacía.

Aquí Aguilera miró fijamente á su amigo.

—Hombre,—le dijo con mucha gravedad,—si no te supiera mal, yo te diría una cosa.

—¡Habla! exclamó León. ¿Sabes algo?

—Mira, querido, suele suceder á veces que por mirar á lo lejos, no ve uno lo que sucede á su lado.

León se puso lívido.

Aguilera continuó, diciendo:

—Anoche.....

Y dejó la frase en suspenso, que era lo más á propósito para que su amigo se pusiera en guardia. En efecto; León pensó un momento, miró después á su amigo fijamente, y dijo tartamudeando de ira:

—¡Acaba!

—Anoche, siguió Aguilera, te ha puesto en berlina un amigo tuyo.

—¡Carlos! exclamó el celoso dando un salto. Aguilera se le acercó al oído y le dijo con misterio:

—Ese mismo.

—¡Oh, me lo presumía! gritó León mesándose la barba, me lo presumía.

—Yo siento decírtelo, continuó el desleal amigo, pero creo que no debes ignorar lo que pasa en tu casa y aun fuera de ella. Sensible es, yo lo comprendo, que un marido llegue á saber ciertas cosas; pero chico, es lo que sucede, ni más ni menos. Carlos... es un pez muy largo.

León estuvo á punto de desmayarse, y tuvo que apoyarse en su amigo para no caer.

En aquel momento pasaban por delante de un café y Aguilera dijo:

—Oyes, vamos á entrar aquí y hablaremos despacio.

León se dejó conducir, y los dos amigos entraron en el café, que á tal hora estaba sobrado escaso de concurrencia.

—Vamos, dijo el amigo, ¿qué quieres tomar?

—¡Nada! murmuró León cayendo de bruces sobre la mesa.

El mozo, que había acudido á ver si tomaban algo los dos amigos, iba á retirarse, cuando Aguilera le dijo:

—Yo tomaré un café y una tostada.

Y volviéndose hacia León:

—¡Anda, cobarde! le dijo tocándole suavemente en el hombro. Levanta esos ojos y suíre con valor. ¿No tienes en mí un amigo?

—Sí, es verdad, respondió León levantando la cabeza.

Y luego dijo:

—¡Cuéntame todo lo que sepas!

—¡Vaya, hombre, qué á pecho lo has tomado! ¡no te desazones de ese modo, caramba! Yo te lo he dicho porque creo que debo...

—Sí, es un deber tuyo contarme lo que sabes. Lo sé, y por eso te suplico encarecidamente que hables.

El mozo trajo el café y la tostada.

Aguilera mojó un pedazo en el café, y dijo con la boca llena:

—Pues señor, anoche estábamos observando varios amigos y yo desde una platea lo que estaba sucediendo por tu sitio, mientras tú te separaste del lado de tu esposa.

—¿Y qué sucedió? preguntó León con grande ansiedad.

Aguilera se metió en la boca otro pedazo de tostada y dijo:

—¡Psth! Que las mujeres han de ser siempre imprudentes.

León estaba en ascuas.

—¿Qué hizo la mía? exclamó crispando los puños.

—Nada, hombre; nada* y mucho, según lo consideremos.

—Dímelo todo.

—Pues verás. Carlos se aproximaba tanto á su oído, que no parecía sino que estaba besándola. El público lo observó. ¡Ya ves tú! Cuando el público de la Zarzuela se fija en estas cosas... ¡cómo andaría ello!

León pateaba y se agitaba en su asiento.

—Nosotros reparamos en el *grupo*, continuó Aguilera, y como casi todos éramos amigos tuyos, naturalmente, nos supo mal aquello, y no faltó quien quiso ir á avisarte, pero conociendo tu carácter, no quisimos ponerte en el caso de dar un escándalo parecido al que diste luego...

—Continúa.

—Mira; llegaron hasta el extremo de cambiar unos papeles con cierto temor de que el público lo observara, como en efecto lo observó.

—¡Infames! murmuró León pateando con más fuerza.

—Tu mujer le dió un papelito á él; él se lo devolvió, y sacó del bolsillo otro, que le dió á ella, y *ella* se lo guardó enseguida mirando á todos lados, y en especial á la puerta de entrada, sin duda temiendo que entraras tú al mismo tiempo y lo vieras.

—¡La dió Carlos un papell

—Sí; un papel... verde.

—¡Un papel verde!

—Un papel verde.

—¡Adiós! gritó León levantándose.

—¡Aguarda, demonio! le dijo su amigo cogiéndole por el brazo; aguarda y no seas arrebatado.

León cayó sobre la silla y apoyó la frente sobre las manos.

—Mira, continuó su amigo con acento cariñoso: creo que no debes darte por entendido tan pronto. Observa á Dolores, convéncete de que te ha faltado, procura sorprender un hecho cualquiera, por pequeño que sea, que no pueda ser negado por ella, y entonces...

—¿Qué me queda ya que saber? murmuró el pobre León suspirando profundamente.

—¡Calma, querido, calma sobre todo!—No es estocada de pícaro...

—Vámonos, dijo León, levantándose de nuevo.

—Ea, te empeñas, dijo su amigo, vamos.

Y levantándose también, dijo como al descuido:

—Oyes, ¿llevas dinero?

—Sí; respondió León, buscando en su chaleco.

—Pues mira, paga esto, que yo no tengo suelto...

León pagó la tostada y salió del café con Aguilera.

Al llegar cerca del Prado, Aguilera se despi-

dió de su amigo y se alejó de él murmurando:

—¡Me ha pagado el insulto... y la tostada!
Donde las dan las toman.

X

León se separó de su amigo dispuesto á hacer una que fuera sonada.

—¡Engañarme así! iba diciendo entre dientes. ¡Burlarse de mí de esa manera! ¡Oh! yo sé lo que he de hacer. ¡La mataré, lo mataré á él, después me mataré yo... tengo el infierno en el alma!

Y andaba muy de prisa en dirección á su casa. Encontró á varios amigos que le saludaron y á los cuales no contestó; entró en casa de un armero á comprar un revolver, vió unos cuantos, pidió cápsulas, cargó el arma, y para probar si era buena disparó cinco tiros seguidos, dentro de la tienda: una de las balas partió por la mitad á un San José de yeso que había encima de un estante, otra pasó una puerta y fué á atravesar de parte á parte un sombrero de copa que estaba colgado de una percha; dos se clavaron en la pared de la trastienda y la última mató á un perro. El armero gritó, le arrebató el revolver á León, pidió auxilio, salió la esposa y los niños del armero, acudió la vecindad, vinieron los soldados de la guardia que había

más cerca, y León desesperado, frenético, loco, echó á correr dejando el revolver allí y procurando escurrir el bulto, mientras cincuenta ó sesenta voces gritaban—¡A ése!—¡Cogerlo!

—¡Es un loco!—¡No es un ladrón!—¡Al ladrón!—¡A la cárcel!

Y mi hombre corría como un desesperado, y los transeuntes timoratos creyeron que se había armado un motín, y todo el mundo apretó el paso: y fué tal el miedo, que hubo hombre que se murió de desesperación por no poder correr tanto como quería.

Por último, León se vió libre de perseguidores, y observó que estaba á cincuenta pasos de su casa. Respiró como el que ve logrado su deseo, avanzó rápidamente á lo largo de la acera, y entró en el portal de su casa mirando á todos lados.

—¡Señorito! le gritó la portera.

—¡Qué es eso! exclamó León deteniéndose.

—Que...

—¡Qué! diga usted pronto.

—Que arriba tiene usted un *cabayero* á quien usted no esperaría hallar ahí.

—¿Quien hay arriba? preguntó León echando fuego por los ojos.

La portera sonrió y dijo:

—Me han prohibido que se lo diga á usted! Es un *cabayero*... en fin, usted lo verá.

León subió las escaleras de cinco en cinco.

—Hasta la portera me anuncia mi deshonra! murmuraba.

Dió un tirón á la campanilla, y la puerta se abrió inmediatamente. Antes de que la criada pudiera pronunciar una palabra, León le dió un empujón tan atroz que la tiró de espaldas. Enseguida miró al colgador de los sombreros... ¡ciertos eran los toros! había un sombrero... un sombrero hongo!

Además había en un rincón de la antesala un bastón grueso, extraordinariamente grueso.

León cogió aquel garrote, y ciego de ira llegó hasta el gabinete de su esposa.

Allí vió...

¡Ah, lector, la pluma se cae de las manos al referir ciertas cosas! Un hombre tenía el brazo derecho alrededor de la espalda de Luisa, y ella y él miraban un album que ella tenía sobre la falda.

El hombre estaba de espaldas á la puerta. León sólo le vió la cabeza calva, luciente, hermosa, una cabeza que estaba convidando á dar dos garrotazos.

Alzó el palo con las dos manos, y ¡zás! lo descargó sobre la cabeza de aquel individuo...

Lola dió un grito y cayó desmayada sobre el pavimento.

El hombre de la calva no dijo nada... ¡ni cómo había de decir, si media boca le caía á un lado y la otra mitad á otro!

León, en cuanto hubo cometido el calvicidio, salió apresuradamente del cuarto y fué al de su mujer. Necesitaba á toda costa encontrar la carta verde que Lola había recibido en la Zarzuela... registró los cajones, el tocador, la mesa de noche... ¡nada! No había nada. ¡Ah! Hizo por fin León como si hubiera dado con una idea luminosa... ¡ya sé! ¡ya sé! y se dirigió á coger el vestido que su mujer había llevado la noche anterior al teatro. El vestido estaba sobre la cama. León metió la mano en el bolsillo... ¡allí estaba el papel verde! ¡allí estaba!

Lo abrió...

Permítanme ustedes que dedique capítulo exclusivo á este descubrimiento.

XI

¿Qué dirán ustedes que había dentro de aquel papel?

¿Una carta? Pues no era una carta. El amigo Aguilera pudo suponerlo así ó quererlo suponer para atormentar á León; pero la verdad es que aquello no era una carta.

¿Creen ustedes que eran unos versos? Pues tampoco eran unos versos: ni Carlos era poeta, ni amaba á Lola.

El papel verde contenía... un retrato de Caltañazor vestido de moro.

Una fotografía de un personaje de la *Conquista de Madrid* que Carlos había regalado á Dolores.

Cuando León se encontró con *aquello*, se quedó pálido como la muerte.

XII

Pensó que había obrado de ligero...

Pero en seguida volvió á ser celoso. El hombre á quien acabo de romper la cabeza, dijo, estaba abrazando á Dolores...

Y esto pensando, volvió al cuarto donde había sucedido la catástrofe.

Lola no estaba allí. Los criados habían echado á correr en cuanto vieron sangre. Sólo estaba en medio del cuarto la víctima de las iras del celoso.

Éste quiso reconocer á su víctima... ¡Era su suegro!

Sí; su suegro, el papá de Lola que, según sabe el lector venía á Madrid á celebrar los días de su yerno, dándole una gratá sorpresa con su inesperada presencia.

Su suegro, que había prohibido á la portera que anunciase á León su llegada.

Su suegro, en fin, que estaba tendido en medio del cuarto respirando fatigosamente y echando sangre como un demonio.

León, fuera de sí, salió de su casa, se dirigió á la estación del Mediodía, esperó la salida del tren y aquella misma tarde huyó á ocultar en Alicante su vergüenza y sus remordimientos.

XIII

Pasó un año. Lola y su padre vivían juntos en Granada sin querer saber una palabra de León. León sufría en Alicante las penas del purgatorio.

Un día que se paseaba solo y meditabundo por la orilla del mar, vió venir hacia él un hombre que abrió los brazos como para recibirle en ellos.

—¡Carlos! gritó León arrojándose en los brazos que su amigo le tendía.

—¡Amigo mío! exclamó Carlos con dulzura.

Y pocos segundos después León lloraba desesperadamente.

Harto motivo tenía para llorar. Carlos venía de Granada, y al preguntarle León,—¿Y mi Dolores? Carlos respondió con triste acento dolorido:—Está en el cielo.

Había muerto Dolores, y había muerto honra-

da; pero la opinión pública la señalaba con el dedo.

Y es que la opinión sólo se fija en el exterior de las cosas, y aunque tu mujer sea buena, lector amigo, si tú sospechas de ella, la opinión no ve que sospechas porque eres celoso, sino porque tienes motivo para sospechar.

EPÍLOGO

Era una tarde de otoño. Moría el sol dorando los floridos cármenes de Granada. Un hombre se dirigía lentamente á la mansión de los muertos.

Era León, que iba á besar la tierra que cubría las cenizas de su esposa.

Llegó al cementerio, los ojos arrasados en lágrimas, el corazón traspasado de pena... buscó la losa que debía servirle de paño de lágrimas, y no tardó en encontrarla.

Pero al ir á besar el nombre de aquella mártir grabado sobre la sencilla piedra, al apoyar las rodillas en la tierra, León vió que había sobre la losa una corona de siempre-vivas.

El corazón le latió fuertemente. Cogió aquella sencilla ofrenda de la amistad, y leyó en una de las cintas:

CARLOS Á DOLORES

Entonces lanzó una especie de rugido, sintió, como en otro tiempo, horribles celos, hizo pedazos la corona, pisoteó la losa y salió del cementerio lanzando imprecaciones.

Murió á los pocos meses.

Lectora, ¿te agrada que tu amante sea celoso? Lo comprendo, porque yo siempre he creído que sin amor no se tienen celos; pero no es verdad que esos celos que llegan más allá de la tumba no significan amor todas las veces?

Yo te diré mi humilde parecer acerca de los hombres que á León se parecen.

Esos se llaman egoístas.

Se llaman orgullosos.

Se llaman desconfiados.

Se llaman déspotas del amor.

Y no son hombres... son fieras.